

Díaz-Caneja, todo tendría para mí una más fácil explicación. Se trataría de un pintor dominado por las matizaciones exquisitas, organizadas a partir de los colores calientes, modeladas por la misma matización, sobre las que una organización lineal y, más aún, formal, impone un orden geométrico, de lejano pero clara ascendencia cúbica y hasta cubista. Pero conozco a Caneja. Lo recuerdo ahora, con su aspecto fornido de cargador de grandes pesos en muelles con tráfago laborioso; aspecto mucho más de blasfemo ácrata y sistemático que de realizador de exquisitas matizaciones en el paisaje...

Es difícil, sí, imaginar a partir de la persona a esa pintura en la que el principal ingrediente es la delicadeza. ¿Pero por qué partir de la persona? ¿Por

qué no edificar todo nuestro pequeño andamiaje sobre la pintura de Caneja, cimentándolo en la pintura misma? Efectivamente, el matiz —finísimo— impone su legislación en esa armoniosa organización de los colores, derivados casi siempre de la familia de los cálidos. Y hasta tal punto es eficaz en su pintura esa especie de acuerdo entre los tonos y los medios tonos, con sus matizaciones correspondientes, que se diría que el color es el principal ingrediente de la pintura de Caneja. Pero no.

El primer factor constitutivo de los cuadros de Caneja es la forma. Lo es hasta tal punto que no hace falta ser un lince para advertir un lejano magisterio del universo "cubista" en esa obra. Es difícil imaginar eso que iba diciendo en un pintor preponderantemente paisa-

jista... y ya se sabe hasta qué punto el paisaje es la disciplina pictórica que parece caracterizarse por eludir toda disciplina, en tanto que la forma siempre implica legislación... Pero he ahí la segunda situación contradictoria de la obra de Caneja. La primera es el desacuerdo, por lo menos aparente —yo creo que sólo aparente— entre su aspecto personal insinudadamente bárbaro y su pintura, tan lejana a la idea de la barbarie, tan cercana a la civilización que promueve los matices... Porque, ¿hay algo que más se acerque a la civilidad que las matizaciones? La segunda situación contradictoria de Caneja —sólo aparentemente contradictoria— es su cultivo intelectual de la forma, tratándose, en realidad, de un paisajista... Porque el paisajismo implica la utilización



Paisaje de J. M. Díaz Caneja.

Pedir peras al olmo...

... Y también sombreros en forma de chubasco, y empaquetados monstruos paseándose por ciudades desiertas, y nubes ahorcadas de un sedal, y vagones de Metro como jaulas, y el rostro anónimo de la multitud.

En este "árbol", que pudo haber sido enigmática "taba", aunque al final triunfaron las tesis vegetales, han puesto sus nidos en una noche cinco poetas de la imagen. ¿Qué tienen en común todos ellos? ¿Qué tienen en común Máximo, OPS, Cebrián, Dodot o Cesc? Sin duda, su origen profesional, el humorismo gráfico, más una fuerte desconfianza hacia la palabra, que ata, frente a la ambigüedad inagotable de lo icónico, y un propósito declarado de romper con las exigencias de la actualidad, inevitables en el periodismo, para alcanzar la intemporalidad, —que no atemporalidad— del verdadero arte.

Eso y poco más. Porque distintos entre sí son sus mundos, sus estilos, sus fijaciones. Desde la frágil ternura de los garabatos —"arte

mínimo", a su manera— de Dodot hasta los espacios metafísicos y las obsesiones fálico-surrealistas de OPS, con esas historias que transcurren en un tiempo que parece medirse en siglos, pasando por el humanismo desgarrado y fuertemente expresionista de Julio Cebrián, el universo euclideo de Máximo, con sus obeliscos rascanubes, sus cubos desnudos y sus hombres-araña en perpetua desbandada, o el realismo trascendido de Cesc, en sus imágenes casi pesadillescas de la muchedumbre solitaria.

El árbol, pues, está en pie; construidos los nidos y puestos los primeros huevos. ¿Qué harán a partir de ahora sus cinco moradores? Buscar —nos han dicho— un mayor concierto entre sus silencios (silencios que son gritos), e invitar a otras aves peregrinas a compartir con ellos el insondable ramaje. ■ JOAQUÍN RABAGO. Foto: RICHARD CONAHAY.

(La exposición del grupo Arbol tiene lugar en la galería madrileña Vandrés.)



Grupo Arbol: Julio Cebrián, Dodot, Máximo, OPS y Cesc.

de "las nieblas hiperbóreas", la acción a veces impensada del talante caracterológico, "la furia" más o menos española, pero poco meditada, el mandato del color sobre toda legislación inteligente...

Pero no hay nieblas "hiperbóreas" en Caneja. Todo lo que en su obra pertenecería al dominio de la niebla —o de las brumas, o de las sombras— está reducido al color y sometido a él. Y en cuanto al color también está sometido. Sometido a Caneja: a la idea-Caneja del color, pues hay un rojo-Caneja y un amarillo-Caneja y un...

Todo eso le sirve a Juan Manuel para pintar el paisaje, su paisaje: el de la Castilla que él conoce y de la cual se nos hace confidente a través de su obra. Esa Castilla, cuyos campos, rodeando a Madrid, son, como nos dice José Herrera Petare en el bello escrito que va de prólogo en su catálogo..., son como una enorme boca abierta...

En la pintura española actual, y entre unos cuantos hombres que son de una generación mayor que Caneja, se han hecho cosas importantes mediante sus respectivas interpretaciones del paisaje. Caneja, más joven aún que esos hombres, también nos ha ofrecido su palabra. Palabra con destino al paisaje, pero, sobre todo, palabra con destino a la pintura: a toda la pintura. La palabra de Caneja ha consistido en añadir a su voz de paisajista, su inteligencia de organizador de la forma... de la forma en el paisaje. Parecería, cuando eso se señala como una cualidad de nuestro pintor, que en realidad eso es una facultad de todo paisajista... Sí; todos, o casi todos los paisajistas, manejan sus formas en relación con su paisajismo... Pero...

Pero sólo Caneja, o los que como él derivan conscientemen-